

Del buen salvaje al salvaje malo

Colette Capriles

Hay que ser muy sano para no enfermarse con el poder, y de todos modos, la única manera de no hacerlo es confiar en los contrapesos institucionales. Y los que están a cargo hoy se niegan a considerar con seriedad el estado de la nación, el espantoso catálogo de perversiones políticas que han venido acumulando, y el dolor profundo de un país partido en dos

Treinta años después de haber publicado *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Carlos Rangel podría acompañarnos en un tour imaginario cuya única y apesadumbrada satisfacción sería el hecho de haber diagnosticado tan certeramente lo que ahora luce desplegado en todo su esplendor. Quizás ni en sus peores pesadillas habría entrevistado Rangel este paroxismo que araña las paredes públicas con la galería de superhéroes, o plazas y azoteas con figuras de un Chávez inflable que hay que custodiar para que no los desinflen manos caritativas. Curiosamente, el libro apareció justo en la cresta de la ola del primer boom petrolero y viene a acompañar este segundo tsunami, triste y terrible como todo maremoto. Como para pensar que históricamente, sólo es posible el populismo salvaje en medio de la fiesta petrolera, pero que esta circunstancia supera cualquier coyuntura, porque lo característico de este presente no es tanto la obsesión redistribucionista sino la activación, precisamente, de la mitología latinoamericana más acendrada. Lo que ha venido ocurriendo en el país no es dramático porque haya un gobierno pésimo, irresponsable y megalómano, sino por la conjunción de estos vicios con este Ryp Van Winkle con boina roja, con este despertar del buen revolucionario y sus mitos auxiliares, expandido a niveles planetarios gracias a la simultaneidad comunicacional y la alcahuetería de los imanes de la mullida izquierda transnacional.

En realidad, describirlo así no es muy correcto, porque da la impresión de que una vez levantado el velo mitológico pudiéramos reencontrarnos con una verdad resplandeciente que nos hable de nosotros mismos sin mediaciones épicas. El asunto es que los tercermundismos son parte de la identidad latinoamericana, como un volcán presuntamente extinto que bajo algunas condiciones, difícilmente predecibles, se entusiasma provocando destrucción a su alrededor. Casi siempre está pacíficamente ronroneando, pero de pronto puede mostrar toda su furia. Una y otra vez ha aparecido "lo telúrico americano" en la historia política y ello seguirá ocurriendo.

Lo que no es posible tolerar es que las erupciones buensalvajistas terminen significando una fractura incurable en la sociedad venezolana, con su consecuente ceguera selectiva que condiciona una percepción fallida del país, de la gente, de los acontecimientos.

Cualquiera que haya estado en un cargo público sabe que esos puestos fragmentan la percepción más que un viaje de ácido o una lumpia aspirada, porque potencian el voluntarismo y anulan la autocrítica. Hay que ser muy sano para no enfermarse con el poder, y de todos modos, la única manera de no hacerlo es confiar en los contrapesos institucionales. Y los que están a cargo hoy se niegan a considerar con seriedad el estado de la nación, el espantoso catálogo de perversiones políticas que han venido acumulando, y el dolor profundo de un país partido en dos. Es como un gesto suicida, como si se quisiera llevar al país a una secesión, a una separación nazi. El gobierno iracundo sólo ve golpistas en la oposición (y aunque las encuestas muestren la fuerza del movimiento opositor, siguen viendo ahí, únicamente, golpismos y truculencias). Han decretado la invisibilidad de la oposición aunque ella sea lo más visible que hay. Quizás haya unos pocos "opositores" que jueguen con la misma percepción, pero el hecho es que el candidato de la unidad ha dado demasiadas muestras de su compromiso con la democracia y la modernidad. Más bien es desde el poder y con el poder que se ha venido fraguando esa ruptura civilizatoria con la que se ha dividido a la sociedad venezolana, a partir de lo que tal vez era una falla geológica de siempre, pero que ahora sirve al terrorismo político.

Carlos Rangel escribió su libro con cierto tono pesimista, pero mientras descubría las huellas perennes, como diría Herrera Luque, de esa estructura mitológica, dejaba traslucir una tímida convicción de que Venezuela ha tenido experiencias reequilibrantes, por así decirlo, que permitieron vivir con esos fantasmas sin que se desbordaran. Tuvimos buenos gobiernos, y eso está en la memoria. Lo que a este régimen le hace falta pensar es que las elecciones se pueden ganar (cualquiera las puede ganar), pero que lo que se puede perder, de continuar explotando el mito revolucionario, es demasiado.

PS. Como era de esperar, dado lo predecible de sus reflejos, hay quienes vuelven a buscar espacios virtuales de la arena política con el discurso de "las condiciones", no sé si intentando debilitar la candidatura unitaria, o, peor aún, por voluntarismo e irresponsabilidad política. El Gobierno sigue invirtiendo todo su esfuerzo en debilitar el voto opositor haciendo circular toda clase de consejas acerca de máquinas, cazahuellas, códigos secretos, laxantes inteligentes que sabrían distinguir entre miembros de mesa chavistas y demócratas, etcétera, y siempre cuenta con su corifeo de "opositores" presuntamente radicales que reciclan esos rumores. ¡Sigán así!